

BIBLIOGRAFIA

Anales de la Academia de Historia.
Director, Domingo Figarola Caneda,
Habana. Tomo I. Número I.

Agradecemos, como es debido, el envío de este primer tomo de *Los Anales de la Historia* que nos llega de la tierra gloriosa de los Heredias, Céspedes, Martí, Quesada, Cisneros, Varona, Sanguily, Merchán, Piñeyro, Albatrán, Palma y tantos otros ingenios que en letras y en ciencias han lucido, no sólo en su patria sino fuera de ella. En Antioquia, en donde el gran Cisneros dejó la huella profunda de su energía invencible, en la construcción de nuestro Ferrocarril, con Luáces, Angel María Pérez, Merchán y otros, y en donde plazas y estaciones llevan el nombre del ilustre cubano, nos es grato sobremanera leer todo lo que se refiera a Cuba y a sus hombres. En el REPERTORIO HISTÓRICO se publicó hace algún tiempo una extensa biografía de Francisco J. Cisneros, por el malogrado joven Alfonso Javier Gómez, muerto en Boston, por exceso de estudio.

La biografía de Cisneros, por Alfonso Javier Gómez, la leímos con asombro los que sabíamos que su autor era casi un adolescente. Y si en algún concepto relativo a una personalidad política de Antioquia no compartimos en absoluto la opinión del joven escritor, no por eso dejamos de admirar la primicia intelectual de ese cerebro que tanto prometía para honra y gloria de Colombia.

Los Anales contienen datos muy interesantes sobre D. Ramón Meza, Enrique Piñeyro, Céspedes y Quesada y el curioso Epistolario de D. Domingo del Monte. El "Elogio del Dr. Ramón Meza", hecho por el Dr. Evelio Rodríguez Lendián, es un trabajo verdaderamente académico en la forma y en el fondo. Copiamos estos párrafos para dar una idea del estilo del Sr. Rodríguez y de lo que era el Dr. Mesa:

"..... Entendimiento claro y elevado, trabajador infatigable, era, por su cultura sólida y extensa y por su temperamento frío y razonador, prudente y reflexivo, más sajón que latino; y hubiérasele tenido por un hijo de la poderosa Albión o de la admirada democracia norteamericana, si su fértil y brillante imaginación no le denuncia-

ra como hijo de la región donde el sol celebra diariamente sus nupcias con la tierra, fecundándola con el calor intenso de sus rayos, haciendo brotar de ella, entre raudales de luz, más riente, más bella, más llena de poesía y poderosos encantos que nunca, a la naturaleza tropical.

“Más escritor que orador, su reputación no se formó con la rapidez de los que tienen la fortuna de poseer los raros y casi divinos dones de la elocuencia que impresionan a las multitudes y se apoderan de su alma, exaltándolas hasta el delirio, sino con el transcurso de los años y teniendo como base la laboriosidad y la constancia, al par que una extensa, variada y profundísima cultura. Y en esto estriba principalmente su mérito porque en nuestro país impresionable, donde la audacia ha sido siempre una virtud y la superficialidad y la ignorancia, disfrazadas con la máscara de una palabrería hueca y rimbombante, han suplantado en muchas ocasiones el verdadero mérito, imponerse y triunfar, sin adulaciones serviles ni abdicaciones vergonzantes, es prueba de gran valer intelectual”.

En la “Introducción y Notas” a la biografía de Enrique Piñeyro, por el Académico Domingo Figarola y Caneda, escrita en términos de admiración y cariño, hay datos sobre la vida y las obras del insigne crítico cubano de mucho interés. Piñeyro era grande admirador de Caro y de Cuervo. Cuando D. Miguel Antonio publicó la traducción de las obras de Virgilio, Piñeyro escribió un artículo encomiástico de la obra de Caro, en el que revelaba un espíritu de alta cultura literaria. De pobre, llegó a ser rico y vivía en París, “dueño de su voluntad y de sus deseos y gustos de artista”.

El Sr. Figarola Caneda, después de describir la Biblioteca de Piñeyro “ancha sala de un hermoso apartamento de la Calle de Tilsit, ocupando el centro de aquella una gran mesa de trabajo dispuesta para recibir la luz natural por el lado izquierdo, luz que penetraba por los cristales de ancha ventana, a la cual servía de fondo la magnífica vista del majestuoso Arco del Triunfo.....”, nos refiere algunas de las ocupaciones del literato cubano en París.

“Sus salidas de este recinto realmente hermoso pero con esa hermosura que sólo la ven y la comprenden los adeptos, consistían en sus viajes de verano, en las exigen-

cias impuestas por las atenciones de sus intereses, en su asistencia a las Bibliotecas públicas, a los remates judiciales de colecciones de libros, a sus visitas a la Librería y Casa Editorial del cultísimo Alphonse Lemerre y a la Biblioteca del sabio filólogo bogotano D. Rufino José Cuervo. Y aún nos parece estarlo viendo allá, tras los grandes cristales que forman el frente de la casa Lemerre, por el pasaje o galería cubierta de Choiseul, admirando aquellas ediciones en todo exquisitas, como son entre ellas las obras del cubano y celebrado poeta francés D. José María de Heredia; o junto a la mesa de trabajo de la biblioteca de Cuervo, en la solitaria y estrecha Calle de Largilliere, exponer su juicio de la entonces novísima edición oficial del Diccionario de la Lengua Castellana o atender a la lectura de aquellos pasajes que nos anticipaba Cuervo, de su réplica a D. Juan Valera aun en pruebas de imprenta. Y luego regresaba a encerrarse en su Biblioteca, el taller del literato y del crítico.....”

En la residencia de D. Rufino Cuervo, en la Calle de Largilliere, tuvimos el honor de conocer y de tratar al Sr. Piñeyro, en la época en que ya “su barba mosaica albeaba flotante bajo la llama de sus pupilas negras”, como dijo de él D. Jesús Castellanos. Nuestro eminente compatriota Cuervo, recibía generalmente a sus amigos cuando ya tarde regresaba de la Biblioteca Nacional. Colombianos, venezolanos, ecuatorianos, chilenos, mejicanos, cubanos y en general hispanoamericanos de alguna o de mucha cultura literaria visitaban con frecuencia al insigne autor de las “Apuntaciones críticas” y del “Diccionario de regímenes”. Una vez encontramos allí al Sr. Piñeyro. Era alto y descarnado, de mirada muy penetrante y en el hablar tenía cierto dejo costeño. Hicimosle varias preguntas sobre Martí y Varona, Zenea y Plácido, Merchán y Sanguilly, Cortina y Cisneros. Juzgó a sus compatriotas con toda la competencia de un verdadero *scholar* y con todo el cariño de una alma noble a quien no desvanecía la notoriedad de una alta reputación literaria y de un trasplantedo rico.

De los recuerdos de la vida de París, que el tiempo va haciendo más intensos, las visitas a la casa del Sr. Cuervo tienen para nosotros un lugar preferente. Era el trato con hombres ilustres de la raza, era la conferencia

amistosa de los maestros que oíamos los discípulos con el placer intenso del que busca la verdad y la luz. Flotaba en ese salón la palabra austera, suave y sabia del Sr. Cuervo que contestaba cualquier consulta y que ilustraba todo punto dudoso o desconocido hasta entonces en la historia de la lengua castellana.

Para ir a la calle solitaria en donde vivía el sabio colombiano pasábamos por el hermoso parque de "La Muette", o en tardes de primavera avanzada cuando reverdecidos los árboles y de regreso ya los pájaros, cantaban éstos el amor que volvía, esponjando los cuerpos plumosos y aleteando alegres y felices; o en tardes de otoño melancólico y atractivo a la meditación cuando las hojas amarillas, como *lágrimas de oro*, caían al soplo de la brisa que también cantaba entre las frondas

Como todas las cosas de este mundo, cualquier día la muerte sorprendió a Piñeyro, y su único hijo varón se arrojó al Sena y los restos de su Biblioteca los ofreció en venta la Librería de Picard, según nos refiere el Sr. Figarola Caneda.

La Biografía del General Manuel de Quesada y Loynaz por D. Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, apenas va en el tercer capítulo, pero desde ahora puede decirse que por el estilo del autor y por los datos que contiene promete ser una obra de gran relieve histórico y literario.

Medellín, Noviembre de 1919.

EDUARDO ZULETA

